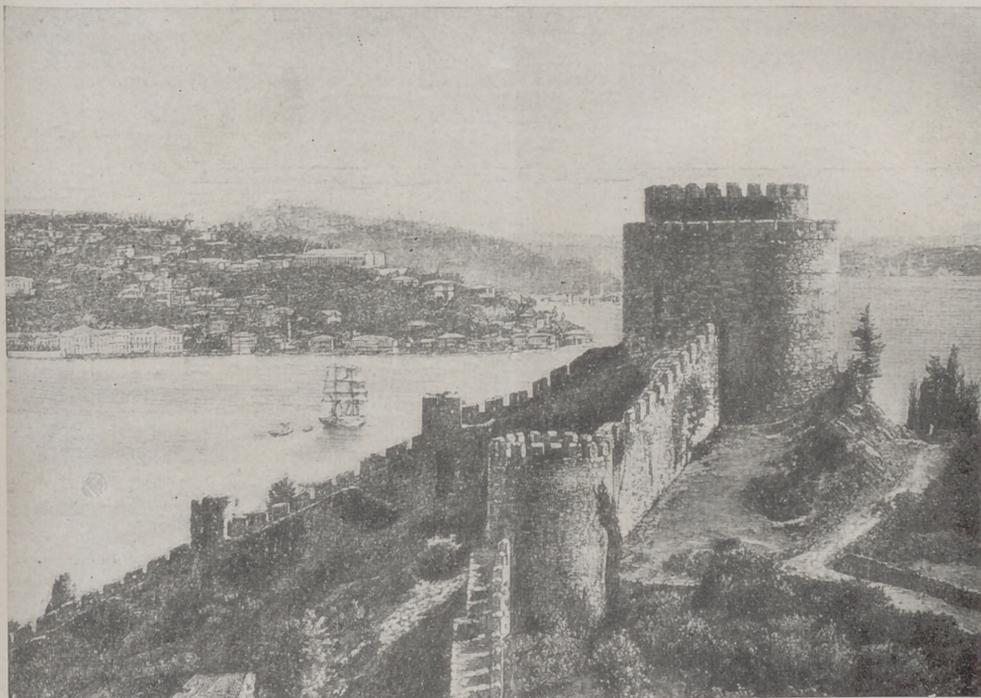


EL AMIGO DE LA INFANCIA

Año LXI

MADRID, 25 DE MARZO DE 1934

NÚMERO 12



El Bósforo

UNA EXCURSION A CONSTANTINOPLA

¡Vaya una excursión más larga! El que pueda hacer excursiones de esta clase, debe ser muy rico. ¡Pues nada de esto, mis queridos lectores! El señor que nos cuenta lo que vais a leer ahora, no es ningún multimillonario de América, sino un joven profesor, que estaba de maestro en una familia en la ciudad de Odessa, a orillas del Mar Negro. Supongo que todos sabréis dónde está esto; de todos modos os voy a

decir que está mucho más cerca de Constantinopla que Madrid. Desde Odessa a Constantinopla, recorriendo la parte occidental del Mar Negro, vienen a tardarse unas treinta horas. ¡Y ahora que venga el cuento!

“Desde el principio de mi estancia en el Sur de Rusia me había propuesto visitar a Constantinopla y había procurado encontrar algún compañero de viaje. No pude conseguirlo, pues los habitantes de Odessa

hacen este viaje con mucho menor frecuencia de lo que podía esperarse. La mayor dificultad ofrece el pasaporte. Quien quiera abandonar el país de los Sovjets, y mucho más si quiere volver a entrar, necesita un pasaporte, y esto no sólo cuesta muchas andanzas, sino también mucho dinero, mucho tiempo y muchas discusiones. Para mí la cosa no fué tan difícil, puesto que el padre de mis alumnos, un comerciante alemán, allanó todas las dificultades y en la época más propicia del año, en el mes de mayo, pude emprender el viaje.

Una vez perdida de vista la extendida ciudad de Odessa, ya no hay punto de reposo para la vista, aparte de que algunas veces se divisa en la lejanía la costa rumana, pero al entrar en el Bósforo cambia la escena. El paisaje que ofrece el Bósforo se parece mucho al del Rhin: en algunas partes el estrecho no es más ancho que el río alemán y en ambos casos tenemos a derecha y a izquierda las pintorescas orillas con sus verdes colinas, pueblos diseminados en profusión, lo mismo que en las rías gallegas, y muchos viejos castillos, con la diferencia de que la vía marítima del Este, además, está protegida por fortines, que de trecho en trecho pasan ante nuestra vista.

Recorreríamos el Bósforo durante hora y media, advertidos en el último trecho por brillantes palacios blancos y esbeltas mezquitas de la proximidad de la capital, cuando ésta misma se nos presenta con un aspecto de hermosura indescriptible. Allí está Constantinopla, bañada por el sol del atardecer, construída en forma de terrazas sobre un ancho collado con infinitas cúpulas y esbeltas minaretes, lujosos palacios y altas torres, todo saturado de vivos colores. Pronto, sin embargo, nos sacan de nuestra admiración y ensimismamiento: aún no se ha parado el barco del todo, ya estamos rodeados de toda clase de perso-

nas, que, gritando y gesticulando, se lanzan entre nosotros. Son los barqueros: cada uno quiere llevarnos a su barca, porque los grandes vapores no pueden atracar. Tienen que parar a unos centenares de metros de la tierra. Según aconseja el guía del viajero, ahora es preciso conservar la calma y no conceder por el breve trecho el alto precio que piden. Y, en efecto, en menos de un minuto éste ha bajado de dos francos a uno y medio y después a uno. Bajo la escalera peligrosa, doy un buen salto y me encuentro felizmente, como buena presa de mi batelero, en su pequeña lancha. Paso la Aduana sin dificultad, y voy en busca de mi fonda, acompañado durante un trecho por algunos muchachos, que por lo visto no quieren creer que yo mismo llevo mi maletín. Era un camino bastante largo que tuve que recorrer desde Gálata, la ciudad comercial del puerto, subiendo hasta Pera, la ciudad de los Europeos. Esto me permitió de reconocer bien desde el primer momento la nueva situación. Me encontraba en la puerta de Oriente; pude advertirlo en seguida por el griterío ensordecedor que llenaba las calles; que uno vendía fruta o gaseosas, vestidos o libros, ninguno ofrece su mercancía sin gritar, y siendo así, que la mitad del comercio no se desarrolla en las tiendas, sino en la calle, hay para ella abundante ocasión. Oriental es en Constantinopla también la estrechez de las calles, comparable sólo a las de Toledo y Sevilla; en la más ancha, la "Grande rue de Pera", hay sitios donde dos coches no pueden pasar. A pesar de esto, los vendedores ocupan toda la calle, sacan sus mesas o cubren el suelo con sus mercancías. También es oriental la basura amontonada en las calles, particularmente abundante cuando llueve, ya que en muchas partes no hay ni aceras; pero aún sobra en tiempos normales, porque la limpieza de las calles es cuestión particular. Digo mal, he conocido

una tr
rros s
es la
de to
turco
llegué

Par
puesto
lado,
y al q
demas
hice u
turco,
do has
brados
propia
todas
portar
zantin
sulado
y fuí
digna
del dí
El co
necesí
bía to
seos,
ría las

Fin
Europ
Este c
much
gos, c
hoy L
tantes
graron
gua,
muy
pasad

una tropa de barrenderos que son los perros salvajes, cuyo hogar y campo de caza es la calle, a la que por lo menos limpian de todos los restos de comestibles que el turco tira. Haciendo estas observaciones llegué por fin a mi hospedaje.

Para la mañana siguiente me había propuesto visitar a un empleado del Consulado, para el cual tenía una recomendación y al que pensaba pedir consejo. Siendo aún demasiado temprano, para hacer tiempo, hice un viaje de exploración en el bullicio turco, pasando el Cuerno de Oro y llegando hasta Istambul, que con los dos ya nombrados es el tercer barrio de la capital, el propiamente turco, en el que se encuentran todas las mezquitas, edificios públicos importantes y todos los restos del tiempo bizantino. Más tarde el empleado del Consulado me recibió con la mayor amabilidad, y fui invitado más de una vez por él y su digna esposa, lo cual, después de las fatigas del día, resultó un descanso muy apetecido. El consejo principal de ellos era: "Usted necesita un "dragomán". Esto es, que debía tomar, como los demás, para mis paseos, un intérprete y guía, que me enseñaría las cosas dignas de ver; regatería y pa-

garía por mí, ya que en los barrios propiamente turcos sólo entienden el turco o el griego. No era muy agradable que digamos para mí, que iba solo, estar acompañado durante varios días por semejante compañero; pero, ¿qué remedio me quedaba! Inquirí el punto de parada de los "dragomanes", decidido a alquilarme uno; pero el primero con el que entablé relaciones era tan arrogante, que no nos pudimos poner de acuerdo. Hacía como si me prestara un gran favor, declaraba que había que tomar un coche para expediciones, que, como más tarde noté, cualquier amigo de la Naturaleza hace a pie, y pretendía que le contratara de antemano para todo el tiempo que durara mi estancia. Sin más discusiones le dejé marchar, y no habiendo allí otro en aquel momento, marché a probar fortuna solo. Después, día por día, he sido mi propio guía, y no me arrepentí de ello, pues no solamente me vi libre de un compañero que en toda ocasión, hasta en el cambio del dinero, procura hacer sus sisas, sino que además gocé del placer que procura el hecho de encontrar su propio camino y vencer toda clase de dificultades.

(Continuará)

LEYENDA FINLANDESA

Finlandia es un país situado al Norte de Europa; al Oeste linda con Suecia y al Este con Rusia, bajo cuyo dominio estuvo muchos años. Tiene muchos hermosos lagos, donde los ricos de San Petersburgo, hoy Leningrado, solían veranear. Los habitantes no son ni suecos ni eslavos; inmigraron probablemente desde Asia, y su lengua, según algunos sabios, tiene palabras muy semejantes al vasco. A fines del siglo pasado los rusos les arrebataron sus últi-

mas libertades; era inútil oponerse, porque eran una pequeña minoría frente al inmenso imperio ruso. Muchos miles se reunieron silenciosamente en Helsingfors, ante la estatua de Martín Lutero y su única protesta consistió en cantar descubiertos "Castillo fuerte es nuestro Dios". A él remitieron su justa causa, y veinte años más tarde eran libres del yugo ruso, sin guerra ni lucha.

La leyenda es la siguiente: En tiempo

inmemorial había en Finlandia dos caballeros que se combatían encarnizadamente. Uno asedió el castillo del otro durante largo tiempo y casi ya le había reducido por el hambre. Llegó el día de Viernes Santo y en los pueblos circundantes se preparaban a celebrar con un culto la muerte del Señor. El caballero sitiado también deseaba celebrar el Viernes Santo, y enviando un mensajero a su enemigo, le rogó que le permitiera abandonar con los suyos el castillo por unas horas, para participar en el culto del pueblo próximo. Después volvería a su castillo. El fiero sitiador, lleno de odio, al principio no quiso acceder. Temía un ardid, por el que su enemigo mortal procuraba escaparse a última hora. Pero cruzó por su mente la idea de que no debía retener a uno que deseaba ir al Señor crucificado. Y dió el permiso pedido.

El caballero bajó del castillo acompañado de su mujer, sus hijos y algunos criados, y precisamente al atravesar el cerco de los sitiadores comenzaron a tocar las campanas del pueblo. En este momento el otro, que, apoyado en su larga espada, miraba con odio y recelo el paso de su enemigo, también sintió el deseo de acudir a la paz de la casa de Dios. Se unió con los suyos al pequeño cortejo, y de este modo los dos enemigos mortales celebraron con la multitud de fieles reunida el aniversario más sublime de la cristiandad, escuchando el mensaje del cordero de Dios que lleva el pecado del mundo.

Era costumbre en aquella iglesia que al final del culto de Viernes Santo se bajaba el gran crucifijo de madera, colocándolo delante del altar, y que entonces todos los fieles, uno tras otro, se arrodillaban ante el crucificado, haciendo una oración. Al acer-

carse también los dos caballeros, dió la coincidencia que ambos llegaron al mismo tiempo, arrodillándose cada uno a un lado del crucifijo. Mientras oraban su Padrenuestro, y al llegar el sitiador a las palabras: "Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores", se apoderó gran emoción de todo su ser, no la pudo resistir, y sobre el cuerpo del crucificado alargó la mano hacia su enemigo en señal de reconciliación. Este la apretó con efusión.

Y ahora cuenta la leyenda que las manos clavadas del Señor se desprendieron del crucifijo, abrazó a ambos y los atrajo a su corazón.

Manos preciosas, tan lastimadas,
por mí clavadas en una cruz;
en este valle sean mi guía y mi alegría,
mi norte y luz.

ANONIMO

No me mueve, mi Dios, para quererte
El cielo que me tienes prometido,
Ni me mueve el infierno, tan temido,
Para dejar por *eso* de ofenderte.
Tú me mueves, Señor; muéveme el verte
Clavado en una cruz y escarnecido;
Muéveme ver tu cuerpo tan herido;
Muéveme tus *afrentas* y tu muerte.
Muéveme, al fin, tu amor, y en tal manera,
Que aunque no hubiera cielo yo te amara
Y aunque no *hubiera* infierno te temiera.
No me tienes que dar porque te quiera;
Pues aunque lo que espero no esperaba,
Lo mismo que te quiero te quisiera.

PRECIO DE SUSCRIPCION: *Por un año:* En España y Repúblicas Americanas, ptas. 3,00
(25 centavos oro); en los demás países, ptas. 4,50
Librería Nacional y Extranjera, Caballero de Gracia, 60 Madrid.

Año



Están
muerta,
de nuev
las flore
árboles,
pajaritos
hierbeci
gría y b